ESQUILO

LAS COEFORAS



Esquilo



Esquilo

Las coéforas



Esquilo

Nació en Eleusis hacia 525-526 a. C. Es considerado uno de los grandes dramaturgos de la tragedia griega, debido a que introdujo el segundo actor en escena y logró una mayor independencia del coro.

De su creación, un aproximado de noventa obras, solo se han conversado siete textos, tales como *La Orestíada* (478 a.C.), trilogía conformada por «Agamenón», «Las Coéforas» y «Las Euménides»*; Los persas* (472 a. C.); *Los siete contra Tebas* (467 a. C.); *Las Suplicantes* (467-458 a.C.), entre otros. No obstante, los expertos afirman que escribió más de ochenta obras a lo largo de su vida. En el año 484 a. C., consiguió su primera victoria en composición dramática frente a Pratinas, Friníco y Quérito, autores dramáticos de Atenas, y permaneció invicto hasta que, en el año 468 a. C., perdió frente a Sófocles en el *agón* (certamen).

Fallecido en el año 455 a. C. en Gela, Silicia, sin embargo, debido al prestigio de sus obras, estas fueron representadas póstumamente en el *agón*, hecho poco común en la tradición de la época.

Las coéforas
Esquilo

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

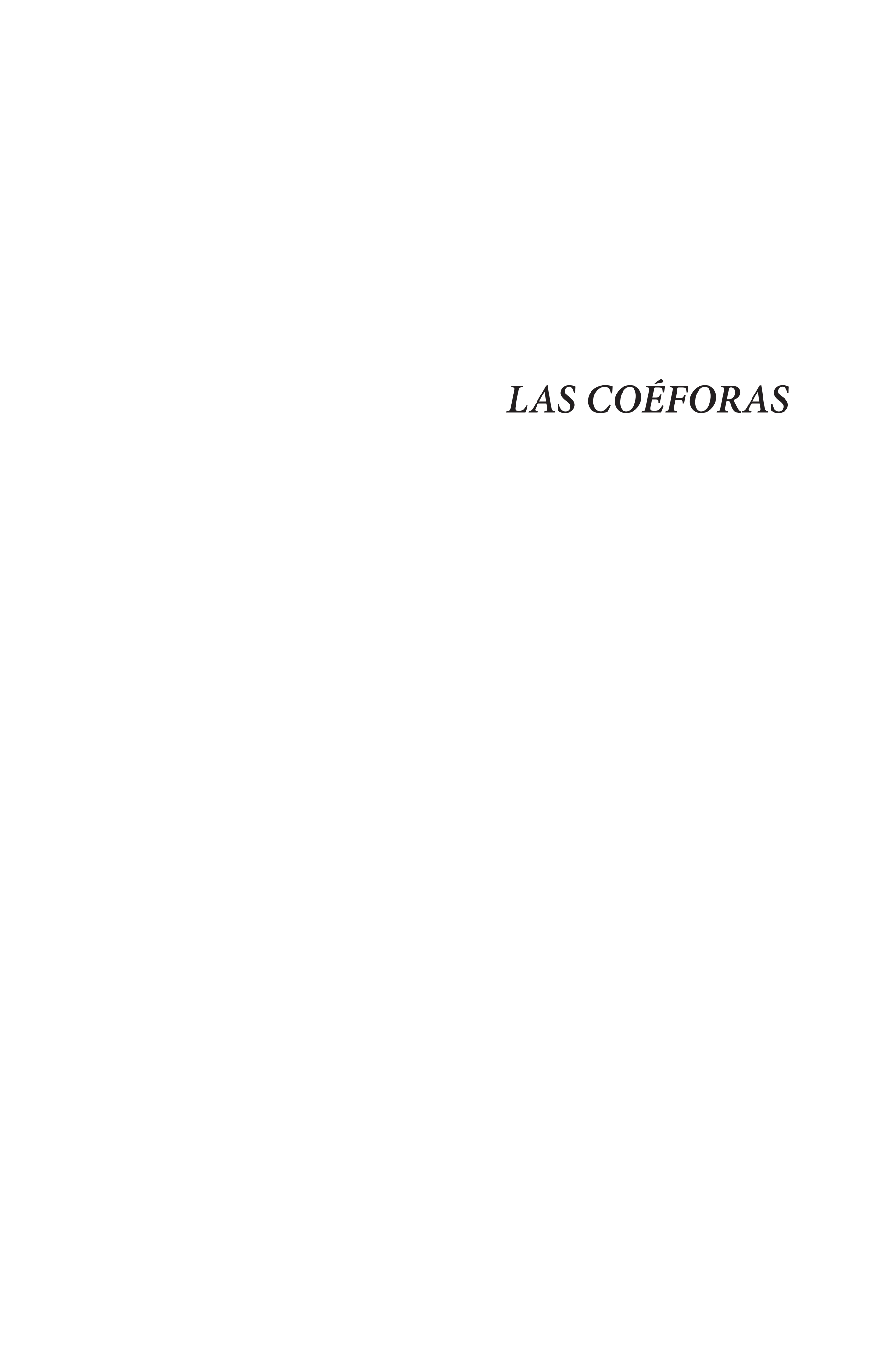
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LAS COÉFORAS

PERSONAJES

Orestes

Electra

Clitemnestra

Egisto

Pilades

La nodriza Gilisa

El portero

Coro de las coéforas

La escena representa la plaza de Argos. Al fondo el palacio de los Atridas, a un lado se ve la tumba de Agamenón.

ORESTES.— Hermes, que habitas bajo la tierra, que poder tal recibiste de tu padre, sé mi salvador, ayúdame, ¡te lo suplico! Por fin vuelvo a mi patria tras largo destierro, y hablo a mi padre en el túmulo que cubre su tumba, para que me oiga y me conceda lo que pido. De Inaco, el que me crio, es ofrenda esta trenza de cabello, y dolorosa ofrenda este otro rizo. ¿Qué miro? ¿Qué cortejo de mujeres vestidas de negro es aquel? ¿Qué ha pasado? ¿Qué calamidad nueva ha caído sobre esta casa? ¿Vienen a traer a mi padre las libaciones que aplacan a los muertos?

Eso es, y no otra cosa. Me parece ver, en efecto, a Electra, mi hermana, que se adelanta con gran luto. ¡Oh, Zeus, concédeme vengar el asesinato de mi padre! ¡Acúdeme, seme propicio!... Pílades, apartémonos a un lado para que sepa yo de cierto cuál es la súplica de estas mujeres.

(*Orestes y Pílades se esconden. Entran Electra y el Coro*).

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Estrofa I

De palacio me envían a traer estas libaciones, hiriéndome crudamente con mis propias manos. Ensangrentado tengo el rostro por desgarraduras recientes que con las uñas me hice. Mi alimento es gemir siempre y en los arrebatos de mis dolores hago jirones mis vestiduras, el negro peplo que cubre el pecho de las afligidas por destino malo.

Antistrofa I

He aquí que el terror que eriza los cabellos y se revela en los sueños, insuflando en el sueño la cólera bruscamente durante la noche, terrible, ha suscitado gritos en el fondo de las moradas, que penetraron hasta la estancia de las mujeres. Los intérpretes de Ensueños, poniendo por fiadores a los dioses, han dicho que los que habitan bajo la tierra están indignados y encendidos en furor contra los asesinos.

Estrofa II

¡Oh, tierra, tierra! Aquella mujer impía me ha enviado, para desviar con una expiación vana la desdicha; mas temo hablar. ¿Acaso puede rescatarse la sangre vertida? ¡Oh, lamentable hogar! ¡Oh, hundimiento de estas moradas! ¡No más luz! ¡Las tinieblas, odiosas a los mortales, han envuelto esta casa al morir sus amos!

Antistrofa II

Aquella veneración augusta, en otro tiempo invencible, omnipotente, inquebrantable, que entraba por los oídos y por la mente, no existe ahora. ¡Hoy todos tiemblan! La felicidad es diosa entre mortales, y más que diosa; pero la justicia rápida hiere a los unos en pleno día, o más tarde, les llega a los otros en el umbral de las tinieblas. Otros, en fin, son sepultados en sempiterna noche.

Epodo

Cuando la tierra nutricia ha bebido la sangre, no puede ya borrarse la mancha vengadora. El remordimiento terrible roe al culpable. Una vez violada la virginidad, no tiene remedio. Los ríos juntarían sus aguas y no habían de lavar la mano mancillada por el asesinato. A mí, los Dioses me han obligado a vivir en ciudad donde no nací; me han echado en servidumbre, lejos de los techos paternos.

Sean los que por violencia han venido a ser dueños de mi vida, justos o injustos, según les conviniere. Yo tengo que reprimir la indignación amarga de mi corazón. He aquí que, en mi dolor oculto, baño mis vestiduras de lágrimas por el triste destino de mis señores.

ELECTRA.— ¡Mujeres esclavas, fieles siervas de esta casa! Ya que me acompañan en esta súplica, denme consejo. Al verter en esta tumba las libaciones funerarias, ¿qué palabras he de pronunciar? ¿Cómo he de rogar a mi padre? ¿He de decir que me llego al esposo amado de parte de la esposa querida, de mi madre? Nunca me

atreveré a ello, y no sé qué decir al verter esta libación en la tumba de mi padre. ¿Le diré que debe volver bien por mal, como es uso entre los hombres que ofrecen dones a los que a ellos se los hacen? ¿O muda y sin honor alguno, ya que degollado fue mi padre, he de retirarme, luego de haber vertido las libaciones como en expiación de un crimen, y lanzado el vaso detrás de mí, apartando de él los ojos? Aconséjenme, ¡oh, amigas!, porque todas tenemos un mismo odio en estas moradas. Nada oculten, por temor, en lo profundo de su pecho, porque lo que ha resuelto el destino ha de suceder, tanto para el hombre libre como para el esclavo, pues no hay mortal que se libre de su destino. Habla, pues, si algo mejor tienes que aconsejarme.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Respetuosa del túmulo de tu padre, como de un altar, te diré mi pensamiento, ya que lo mandas.

ELECTRA.— Habla, pues, si respetas la tumba de mi padre.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Al verter libaciones, di plegarias por los que se le mostraron benévolos.

ELECTRA.— ¿A qué amigos nombraré?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— A ti misma, en primer lugar, y a todo el que odie a Egisto.

ELECTRA.— ¿He de hacer, pues, votos por mí y por ti?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Bien has dicho, ciertamente, y bien me entendiste.

ELECTRA.— ¿Y qué nombre añadiré a los nuestros?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Piensa en Orestes, que está ausente.

ELECTRA.— Justo y sabio consejo me das.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Piensa ahora en los culpables, en la degollación de tu padre.

ELECTRA.— ¿Qué he de decir? No sé. Enséñamelo, sirve de guía a una inexperta.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Desea que llegue hasta ellos un Dios o un mortal.

ELECTRA.— ¿Hablas de un juez o de un vengador?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.—Desea claramente que haya de ser alguien que a su vez los degüelle, que dé muerte por muerte.

ELECTRA.— ¿Puedo justamente dirigir tal plegaria a los Dioses?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¿Cómo no ha de permitirse volver al enemigo mal por mal?

(*Electra da comienzo a la ceremonia fúnebre*).

ELECTRA.— ¡Grande mensajero de los Dioses superiores e inferiores, óyeme, Hermes subterráneo! ¡Hazme saber que los Demonios han oído mis preces, los que velan por las moradas paternas, y que también la tierra me ha oído, la que todo lo engendra y cría, la que todo después lo recoge! Y yo, al verter estas libaciones expiadoras a los muertos, digo, invocando a mi padre, ¡ten compasión de mí y de mi Orestes querido, y haz que se nos devuelva el hogar nuestro! Porque ahora vagamos, vendidos por nuestra madre, desde que puso a otro hombre en tu lugar, a Egisto, que tuvo parte en

tu degollación. Yo soy sierva, y Orestes privado de tu hacienda, está desterrado, mientras que, en su insolencia, gozan ellos impunes del fruto de tus trabajos. Te suplicó para que Orestes dichosamente vuelva. ¡Y tú, padre, concédeme lo que te pido! Dame que valga mucho más que mi madre y obre mejor. He aquí nuestros votos. ¡A nuestros enemigos deseo que tu vengador se presente! Muertos sean a su vez tus asesinos, como es justo. Uno a mis preces estas imprecaciones funestas que contra ellos grito. ¡Desde lo profundo del Hades, envíanos toda prosperidad, con ayuda de los Dioses, de la tierra, de la justicia victoriosa! Después de estos votos vierto estas libaciones. ¡Ustedes, lancen lamentaciones y canten el Peán fúnebre!

EL CORO DE LAS COÉFERAS.— Prorrumpan en sollozos por el amo, digno de sus lamentos, en tanto que se derraman las libaciones en honor del que defiende al bueno contra el malo y aparta de nosotros la odiosa mancha. ¡Escucha, escucha, oh venerable, oh, rey, escucha mis preces en las tinieblas donde tu alma yace! ¡Ay!, ¡ay de mí! ¡Oh, Dioses! ¿Qué héroe, diestro en el uso de la lanza, rescatará tu vivienda? ¿Un escita, un Ares, que con

las manos tienda en el combate el arco curvo, o echando la cabeza, coja por el puño, blandiéndola, la espada?

(*Electra advierte el rizo de Orestes sobre la tumba*).

ELECTRA.— Ya posee mi padre esas libaciones que el suelo ha absorbido. Mas escúchenme atentas ahora.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Habla. Mi corazón se estremece, temeroso.

ELECTRA.— Veo ahí una trenza de cabellos cortada sobre esa tumba.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¿Es de un hombre o de una doncella de amplio cinturón?

ELECTRA.— Fácil es adivinarlo.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¿Cómo he de saberlo por ti, siendo de más edad?

ELECTRA.— Nadie sino yo hubiera cortado esta trenza.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Aquellos a quienes convendría contarse los cabellos en señal de luto, son, en efecto, enemigos.

ELECTRA.— Esta trenza, sin embargo, es parecidísima...

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¿A los cabellos de quién? Quiero saberlo.

ELECTRA.— Es parecida a mis propios cabellos.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¿Será ofrenda secreta de Orestes?

ELECTRA.— ¡Ciertamente, estos cabellos en todo son semejantes a los de Orestes!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¿Cómo hubiera osado llegar hasta aquí?

ELECTRA.— Ha enviado esta trenza, tras cortarla en honor de su padre.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Lo que me dices no me causa menor llanto, si nunca ha de poner los pies en este suelo.

ELECTRA.— ¡A mí también me invade el pecho una gran turbación, y siento el embate de un mar de amargura, que es como una flecha disparada! ¡Inagotables y abrasadoras lágrimas fluyen de mis ojos como un torrente cuando miro esta trenza! No puedo creer que pertenezca a algún otro ciudadano. Ciertamente, no la ha cortado de su cabeza la matadora, mi madre, aunque tal nombre no merezca, por su odio impío contra sus hijos. Mas ¿cómo podría saber si este ornato viene en verdad de Orestes, el más amado de los hombres para mí? ¡Ay, no lo sé y me dejo llevar por la esperanza de que estos cabellos tengan voz favorable, como de mensajero! No me agitarían pensamientos discordes; sabría con certeza de quién es esta trenza, y la rechazaría si ha sido cortada de cabeza enemiga; si, al contrario, procede de mi hermano, la consagraría, en nuestro dolor común, a la tumba paterna, como ornamento y honor. ¡Mas invoquemos a los Dioses que todo lo saben, mientras las olas nos sacuden como a marinos: si hemos de ser salvos, brote de tan flaco germen un árbol de profunda

raíz! He aquí otro indicio; huellas semejantes a las de mis pies. Dobles son estas señales, suyas y de un compañero. Talones y dedos tienen la medida exacta de los míos. ¡Qué desfallecimiento! ¡Qué turbación siente mi alma!

(*Orestes y Pílades salen de su escondite*).

ORESTES.— Pide a los Dioses que tan felizmente acojan tus demás votos como estos.

ELECTRA.— Pues ¿qué he obtenido de la voluntad de los Dioses?

ORESTES.— Viendo estas a los que tanto tiempo ansiaste.

ELECTRA.— Pues ¿sabes tú quién es el mortal que deseo?

ORESTES.— Sé que esperas a Orestes con ardor.

ELECTRA.— ¿Y en qué se han cumplido mis anhelos?

ORESTES.— Orestes soy. No busques amigo mejor.

ELECTRA.— ¡Oh, extranjero! ¿Es que quieres tenderme un lazo?

ORESTES.— Contra mí mismo en tal caso lo tendería.

ELECTRA.— Quieres, tal vez, burlarte de mis penas.

ORESTES.— De las mías me burlara entonces.

ELECTRA.— ¡Así, pues, eres Orestes! ¡Con Orestes estoy hablando!

ORESTES.— A él mismo lo ves; mas te cuesta trabajo reconocerme, sin embargo, cuando viste, depuesta en esta tumba, la trenza de cabellos de tu hermano, tan semejantes a los tuyos, cuando mediste las huellas de tus pasos con las mías, el gozo te arrebató y a mí mismo me creías ver. Trae esa trenza al lugar de donde la corté; mira esta tela que tejieron tus manos, y las figuras de animales que en ella tejió tu lanzadera. Alégrate, sin ceder a los transportes del júbilo; ya sé que nuestros allegados son nuestros enemigos crueles.

ELECTRA.— ¡Oh, cuidado, el más querido de las moradas de nuestro padre! ¡Llorada esperanza de la

semilla salvadora! Tu esfuerzo te devolverá la casa paterna. ¡Oh, dulce a mis ojos, tú, que tienes cuatro partes de mi corazón! Porque padre te he de llamar, y tuyo es el amor que a mi madre tenía, ya justamente odiosa para mí, y a mi hermana, cruelmente sacrificada. Hermano fiel serás para mí, tú que vienes, solo, en mi auxilio. ¡Con nosotros estén la fuerza y la justicia, y Zeus, el mayor de todos los Dioses!

ORESTES.— ¡Zeus! ¡Zeus! Contempla esto. Mira la raza del águila, privada del padre y ahogada en los lazos de la víbora horrible. Roe el hambre a los huerfanillos que no pueden cazar como el padre, ni abastar a las necesidades del nido. Míranos, a Electra y a mí, hijos sin padre, y echados los dos de la casa. Si abandonaras a los hijos del que tan ricos sacrificios te ofreciera, ¿qué manos semejantes te rindieran en lo sucesivo los sacros honores? Una vez extinta la raza del águila, ¿por quién enviarías a los mortales tus augurios verídicos? Si todo el árbol real se abrasa hasta las raíces, no se podrá adornar con ramas tu altar en los días de los sacrificios. ¡Acúdenos!

Levanta de su caída a esta casa que, en verdad, parece ya derrumbada para siempre.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Oh, hijos! ¡Oh, salvadores del hogar paterno, callen! ¡Oh, hijos, que nadie los oiga y vaya, hablando sin reservas, a denunciarlo todo ante los que mandan! ¡Quieran los Dioses que un día los vea muertos, a través del humo oloroso de la pira!

ORESTES.— No; ciertamente, el todopoderoso oráculo de Loxias no me hará traición, él que me ha mandado afrontar este riesgo, incitándome a ello en voz alta, y amenazándome, hasta helar mi corazón ardiente, con terribles desdichas, si no vengaba la muerte de mi padre en sus asesinos, matándolos como mataron, y los castigaba por haberme arrebatado mis bienes. Dijo que entonces sufriría y me agobiarían males horribles. Anunció que a los mortales les abrumarían cuantas calamidades hay que pagar a las Erinnis irritadas, y que, por mi parte, me vería presa del mal que roería mis carnes, devoraría con sus dientes feroces mi naturaleza primera, me volvería decrépito y me blanquearía el cabello. Y profetizaba otros asaltos de las Erinnis, por la sangre de mi padre, y que él flecharía su mirar flamígero desde el fondo de las tinieblas; porque el dardo sombrío que lanzan los muertos, cuando los padres han sido presa del crimen, y la rabia, y los terrores nocturnos, agitan,

turban y arrojan al miserable de la ciudad con látigo de hierro. No le es lícito al hombre mancillado participar de la crátera y de las libaciones vertidas. Rechazado se ve de los altares por la oculta ira de su padre; nadie le acoge; todos le desprecian, y muere, mucho después, sin amigos y consumido por un destino lamentable y horrendo. Ciertamente, hay que dar fe a tales oráculos. Aun sin creer en ellos, cumpliera yo mi propósito. Razones innumerables me impulsan, el mandato de un Dios, la profunda pena de mi padre y, por encima de todo, mi propia indigencia. No he de soportar, en fin, que los más ilustres ciudadanos que valerosamente derribaron a Troya estén sometidos a dos mujeres, pues Egisto tiene alma de mujer. Si nada ocurre, pronto ha de saberse, y con claridad.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Oh, grandes Moiras! ¡Cúmplase todo, con ayuda de Zeus, según la justicia! ¡Castigue a la lengua enemiga! ¡Reclame la justicia en alta voz lo que se le debe! ¡Golpe mortal por golpe mortal! ¡Sufra las consecuencias del crimen el que lo cometiera! Tal es la máxima antigua.

Estrofa I

ORESTES.— ¡Oh, Padre, que has sufrido males terribles! ¿qué he de decirte y qué he de hacer, para que brille la luz en las tinieblas y llegue desde aquí, bajo tierra, a tu fúnebre lecho? Saludos y lágrimas son los únicos honores tributados a los Atridas, a los antiguos señores de estas moradas.

Estrofa II

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Hijo, la mandíbula voraz del fuego no destruye el espíritu del que murió, y su cólera estalla después de la vida. Gime el muerto y se reconoce al asesino. El justo duelo de los antepasados, de los padres, impulsa por doquiera a los hijos a la venganza.

Antistrofa I

ELECTRA.— ¡Oye también, oh, Padre, mis lamentos amargos! Te llora el fúnebre gemir de tus dos hijos.

Míralos sobre tu tumba, suplicantes y desterrados ambos. No más gozo sin dolor para ellos. No hay remedio a su miseria.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— De tales lamentos puede un Dios, si le place, suscitar clamores de júbilo. En vez de fúnebres cantos, el himno de victoria puede traer de nuevo a las moradas reales al amigo que viene a reunirse con nosotros.

Estrofa III

ORESTES.— ¡Pluguiera a los Dioses que en Ilión, ¡oh, Padre!, hubieses caído al bote de lanza de algún Licio! ¡Gloria hubieras dejado a tu casa y legado a tus hijos una vida digna de loor, y tú tendrías un alto sepulcro, honor de tu raza, en el continente, al otro lado de los mares!

Antistrofa II

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Caro a tus amigos muertos gloriosamente contigo, ilustre bajo tierra,

rey venerable, fueras ministro de los grandes tiranos subterráneos, porque rey eras mientras vivías entre los que mandan a los hombres con ayuda del cetro, y es ese don del destino.

Antistrofa III

ELECTRA.— Mas, ¡oh, Padre!, no fuiste muerto al pie de las murallas de Troya, entre tantos otros domados por la lanza, y no debías tener sepultura a orillas del Escamandro. ¡Porque no murieron antes los que mataron para que él hubiese llegado a saber, lejos, su muerte, exento de desgracia!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Lo que deseas en tu dolor, ¡oh, hija!, es algo de más precio que el oro, mayor que la felicidad de los Hiperbóreos. Mas he aquí que el doble látigo silba horriblemente. Bajo tierra están nuestros protectores, y las manos de nuestros amos no están limpias de tan odiosos crímenes. No tienen los hijos más que una empresa grande por acabar.

Estrofa IV

ORESTES.— Tus palabras han penetrado en mi oído como una flecha. ¡Zeus, Zeus! Bruscamente envías del Hades la tardía venganza que sigue al crimen de los perversos y que a los mismos allegados hiere.

Estrofa V

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Quieran los Dioses que yo lance pronto el aullido lúgubre por el hombre degollado y la mujer muerta! ¿Para qué ocultar lo que respira en mi corazón? Mi cólera profunda y mi odio reconcentrado se ostentan en mi faz.

Antistrofa IV

ELECTRA.— ¡Ay! ¡Ay! ¿Cuándo ha de bajar la mano Zeus omnipotente para herir ambas cabezas? ¡Reconozca esta tierra tu poder! Justicia pido contra la iniquidad. ¡Óiganme, Dioses subterráneos!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Es ley que la sangre vertida en asesinato clame por otra sangre. ¡Erinnis lanza gritos de muerte! Da muerte al que ha dado la muerte.

Estrofa VI

ORESTES.— ¿Dónde están?, ¿dónde están las Potencias que mandan a los muertos? ¡Vean, oh, Execraciones omnipotentes de los muertos degollados! ¡Contemplen el triste despojo de los Atridas, arrojados de su casa! ¿De qué lado volverse, ¡oh, Zeus!?

Antistrofa V

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Todo mi corazón está quebrantado por tales lamentos. Apenas me queda esperanza, y mi alma se ensombrece al oír palabras tales. Mas de nuevo se disipa mi dolor al ver tu esfuerzo, y todo en lo porvenir me parece hermoso.

Antistrofa VI

ELECTRA.— ¿Qué más diremos? ¿Es necesario recordar los males con que nos abrumara nuestra madre? Odios hay que se aplacan, mas no estos. Implacable como lobo hambriento es mi cólera contra mi madre.

Estrofa VII

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Como Ares ha herido, o como mujer Cisia, ávida siempre de combates. ¡Se ha podido ver a su mano descargar por todas partes múltiples golpes, de cerca y de lejos, y redoblarlos! Cada golpe repercute miserablemente en mi cabeza. ¡Oh, Dioses!

Estrofa VIII

ELECTRA.— ¡Oh, madre funesta, impía! ¡Osaste sepultar a tu esposo como a un enemigo, sin llorarlo, sin luto y sin muchedumbre de ciudadanos!

Estrofa IX

ORESTES.— Has dicho toda la infamia del crimen. ¡Desgraciado de mí! Que por mis manos y con ayuda de los Dioses ha de expiar la vergonzosa muerte de mi padre. ¡La mate yo y me muera luego!

Antistrofa IX

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Para que lo sepas, le ha despedazado; y después de tratarle así, le ha sepultado, para llenar de dolor insufrible tu vida. Ya sabes cuál ha sido el lamentable fin de tu padre.

Antistrofa VIII

ELECTRA.— Estás refiriendo la muerte de mi padre. Por lo que a mí me toca, a mí me tenían alejada, en desprecio y abyección, me echaban de casa como a perro vil, más amiga de lágrimas que de risas, y sin más júbilo que el de ocultar mi duelo y mis quejas. Retenga

tu mente lo que acabas de oír, y entre por los oídos hasta el sosegado lugar de las ideas. Ya que así obraron, que tu cólera te diga lo que todavía está por hacer. Para acabarlo todo, es necesario un rencor invencible. (*A Orestes*). ¡Graba en tu alma estas que oyes!

Antistrofa VIII

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Grábalas! Haz entrar el relato por los oídos hasta el inmóvil fondo de tu alma. ¡Así son los sucesos pasados! Pon todo tu interés en aprender por ti mismo el futuro. ¡Conviene llegar al combate con inflexible decisión!

Estrofa X

ORESTES.— ¡Te invoco, ¡oh, Padre! ¡Ayuda a tus hijos!

ELECTRA.— ¡Y yo, con lágrimas mías, te invoco!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Y toda nuestra

muchedumbre también te clama! ¡Escúchanos! ¡Vuelve a la luz, danos ayuda contra nuestros enemigos!

Antistrofa X

ORESTES.— ¡Ares con Ares luchará! ¡Justicia, con Justicia!

ELECTRA.— ¡Oh, Dioses! ¡Dennos la victoria a lo que es justo!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Sobrecogido estoy de terror al oír tales imprecaciones. Lo que es fatal, resuelto está desde hace tiempo. ¡Todo acaezca según sus votos!

Estrofa XI

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Oh, miserias de esta raza! ¡Oh, herida sangrienta de Ate! ¡Oh, duelos terribles y lamentables! ¡Oh, dolores sin término!

Antistrofa XI

¡Oh, males incurables de este hogar, no causados por otros, sino por los que en él habitan y prolongan por sí la discordia sangrienta! Es el himno de las Diosas subterráneas. (*Orestes y Electra, sobre la tumba, golpean la tierra*). ¡Oh, Dioses felices del Hades, oigan las preces de estos hijos y concédanles ser vencedores!

ORESTES.— ¡Oh, Padre, a ti que no has muerto como rey! ¡Te suplico! Dame que llegue a mandar en tu casa.

ELECTRA.— Y yo, Padre, te suplico que me salves de la terrible muerte que ha de tener Egisto.

ORESTES.— Así, los hombres te podrán ofrecer las refacciones fúnebres acostumbradas, si no, entre los convidados, te quedarás, menospreciado y vil, en las llamas de las piras que abonan la tierra.

ELECTRA.— Y yo, de las moradas paternas, te traeré, en libaciones nupciales, todas mis riquezas; y honraré lo primero su tumba.

ORESTES.— ¡Oh, tierra, devuélveme a mi padre, para que presencie la lucha!

ELECTRA.— ¡Oh, Perséfone, danos valor invencible!

ORESTES.— ¡Acuérdate, Padre, del baño en que te degollaron!

ELECTRA.— ¡Acuérdate de la red en que te mataron!

ORESTES.— ¡Padre, no te oprimieron cadenas de bronce!

ELECTRA.— ¡Sino, vergonzosamente, con un velo traidor!

ORESTES.— ¿No te irritan semejantes baldones, ¡oh, Padre!?

ELECTRA.— ¿No alzarás la carísima frente?

ORESTES.— ¡Manda a la Justicia, para que luche por los tuyos, o concédenos que, en compensación, los cojamos con las mismas trampas! ¡Eso, si, vencido, quieres realmente, a tu vez, ser vencedor!

ELECTRA.— Oye mis últimas preces, ¡oh, Padre!, y mira a tus hijos tiernos al lado de tu sepultura. ¡Apiádate de tu hija y del varón de tu raza! No dejes que se extinga la posteridad de los Pelópidas. Así no desaparecerás, aunque hayas muerto, pues los hijos salvan el renombre de los muertos, como los corchos mantienen a flote las mallas de la red. ¡Escúchame! Por causa tuya corren estas lágrimas, y a ti mismo te salvarás si acoges mis preces.

ORESTES.— No permitas que desaparezca esta simiente de los Pelópidas, pues, de ese modo, no has muerto ni siquiera después de haber muerto.

ELECTRA.— Sí. Para un varón muerto, son los hijos los salvadores de su buen nombre y, como los corchos, arrastran la red y salvan del abismo del mar el huso de lino.

ORESTES.— Escucha, son en favor tuyo tales lamentos. Tú mismo te salvarás, cuando hayas hecho honor a nuestras razones.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— No hay que imprecar tan prolongadas lamentaciones en honor de esta sepultura y de este no llorado destino. (*A Orestes*).

¡Tú harás lo que falta! ¡Ya que estás resuelto a obrar, tienta al Demonio de la fortuna!

ORESTES.— Así se hará, mas no está fuera de lugar que investiguemos por qué causa envió ella estas libaciones y por qué quiso reparar con tardíos honores el crimen irreparable. Miserable don es este para un muerto insensible. No puedo darme cuenta de lo que significan estos presentes, tan por bajo del crimen. Dar cuanto se tiene por la sangre vertida de un solo hombre es trabajo inútil. Tal es mi pensamiento. Pero si lo sabes, dime lo que anhelo saber.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Hijo, lo sé, porque allí estaba yo. La impía mujer ha enviado estas libaciones agitada por el terror de los sueños de la noche.

ORESTES.— ¿Conoces ese sueño? ¿Puedes referírmelo con claridad?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Le pareció, a lo que dijo, que concebía una serpiente.

ORESTES.— ¿Cómo acababa su relato?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Acostado estaba la serpiente entre pañales, como un niño.

ORESTES.— ¿Y de qué se nutría el monstruo recién nacido?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— En sueños, ella le daba el seno.

ORESTES.— ¿Y cómo el horrible monstruo no hirió aquel seno?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Si que lo fue, hasta el punto de que la sangre sorbió, mezclada con la leche.

ORESTES.— No es vano tal sueño; su marido se lo envió.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Ha comenzado a gritar, aterrorizada por el sueño. Las antorchas, extintas durante la noche, se han vuelto a encender y han corrido en muchedumbre por las moradas a la voz de la Reina. Y ella ha enviado en seguida estas libaciones fúnebres, con la esperanza de que lleven remedio seguro a su mal.

ORESTES.— ¡Suplico a esta tierra y al túmulo de mi padre, para que tal sueño se cumpla por mí! Tal como lo interpreto, casa con la verdad. En efecto, la serpiente ha salido del mismo vientre que yo y envuelta ha sido en los mismos pañales. Ha sorbido los senos que me han criado y ha mezclado la sangre con su leche; y en su terror, mi madre ha gemido por tan terrible mal. Así como ha amamantado a un monstruo inmundo, así ha de morir por la violencia. Yo soy quien ha de matarla, vuelto serpiente, como el sueño lo revela. Te hago juez de la interpretación del prodigio.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Te admiro como intérprete de esto. ¡Que así sea! Mas di a tus amigos si otros han de ayudarte en la acción o si han de permanecer inertes.

ORESTES.— Sencilla es mi respuesta. Quiero que Electra retorne a la casa, y le ruego que oculte mis propósitos. Con astucia mataron al hombre venerable; con astucia morirán también y serán cogidos en el mismo lazo, como lo predijo el Rey Apolo Loxias, adivino infalible. Yo, como extranjero, con carga de equipajes distintos, llegaré a las puertas del patio interior, como

huésped y compañero de guerra, con Pílades solamente. Ambos hablaremos lengua parnesida con acento focio. Ciertamente, ningún guarda de las puertas nos recibirá benévolo, porque toda la mansión perturbada está por la cólera de los Dioses. Pero allí seguiremos, para que algún transeúnte diga, al vernos ante la casa: «¿Por qué echar del umbral a un suplicante? Si está Egisto, ¿no ha llegado a saberlo?». Mas si, pasado el umbral de las puertas interiores, hallo a Egisto sentado en el trono de mi padre, o si, para hablarme, se me acerca y me mira, ténganlo por cierto, antes de que haya dicho: «Extranjero, ¿de dónde eres?», lo mato repentinamente, traspasándolo con el acero. La Erinnis del asesinato, ahíta ya de sangre, la beberá por tercera vez. Ahora, tú, Electra, mira bien lo que ocurre en la casa, para que todo ayude a nuestro propósito. (*Al coro de las coéforas*). A ustedes, contengan la lengua; callen o hablen cuando sea necesario. En cuanto a lo demás, suplico a Loxias que me sea propicio, ya que me ha impuesto tal lucha por la espada. (*Salen de escena Orestes y Pílades*).

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Estrofa I

Cría la tierra innúmeros dolores y grandes daños; los abismos del mar abundan en monstruos terribles al hombre; fuegos llameantes caen de las altas nubes, y podemos recordar cuánto vuela y se arrastra, así como el furor que brota de la tempestad.

Antistrofa I

Mas ¿quién dirá la ciega audacia del hombre y la mujer, lo que osan tentar, y los amores sin freno que acarrean inevitable ruina a los mortales? Cuando se adueña del corazón de la mujer, ese amor que no es amor, doma a los hombres como a los fieros animales.

Estrofa II

Acuérdese, el que no olvida, en su espíritu ligero, de cómo la miserable Testiades, funesta a su hijo, concibió el propósito de encender la brasa que había de durar tanto como su hijo, desde que, traído al mundo por su madre, lanzó el primer vagido, hasta su día funesto.

Antistrofa II

Hay otra a quien se odia, acuérdese también de la cruel y abominable Escila, que, por unos enemigos, perdió al hombre que debía serle caro. Seducida por los brazaletes de oro cretenses, donde Minos cortó de la cabeza de Niso, aprovechándose de su sueño, el cabello inmortal, aquella perra, y Hermes se apoderó de ella.

Estrofa III

Recordando tan lamentables aventuras, no he de hacer memoria de las bodas detestables, funestas a estas moradas, y los lazos pérfidos de la mujer, urdidos contra el hombre belicoso, admirado por su valor de los propios

enemigos. Despreciables son el hogar sin fuego y el vergonzoso imperio de una mujer.

Antistrofa III

De tan terribles crímenes, el crimen lemnio es el más famoso. Lo es, ciertamente, por abominación. ¿Quién pudiera comparar nada a los asesinatos lemnios? Toda una raza ha perecido, detestada por los Dioses y execrada por los hombres. Nadie puede honrar lo que los Dioses detestan. ¿Cuál de estos crímenes he rememorado sin razón?

Estrofa IV

La espada aguda que la Justicia hunde en el pecho hiere terriblemente. Prohibido está hollar el camino por el que nos alejamos, contra toda ley, de la honra debida a Zeus.

Antistrofa IV

Mas la vara de la Justicia está siempre derecha, y Esa, forjadora de espadas, aguza el hierro. Erinnis, la de profundos pensamientos, vuelve al hijo a las moradas para que lave la mancha de los antiguos crímenes.

(*Salen a escena, con atuendo de viaje, Orestes y Pílades. Se dirigen a la puerta exterior del palacio y dan golpes, llamando*).

ORESTES.— ¡Esclavo, esclavo, oye los golpes con que llamo a la puerta! Una vez más, ¡esclavo, esclavo!, ¿hay alguien aquí? Por tercera vez llamo para que me respondan, si es verdad que Egisto es hospitalario.

(*Desde dentro*).

EL PORTERO.— Bien está, ya oigo, extranjero. ¿De dónde eres? ¿De dónde vienes?

ORESTES.— Di a los señores de estas moradas que vengo a traerles una nueva. Apresúrate. Mira que avanza el carro sombrío de la Noche. Tiempo es que los viajeros

echen anclas en una morada que los libere de las fatigas del camino. Que alguien venga, el ama de la casa misma, o el amo, como es más conveniente. Ni aun entonces hiciera el respeto oscuras mis palabras. El hombre habla con franqueza mayor al hombre y le declara todo su pensamiento.

(*Se abre el palacio y sale Clitemnestra acompañada por una sirvienta*).

CLITEMNESTRA.— Extranjeros, pueden hablar: ¿Qué necesitan? De todo hay en estas moradas, baños calientes que dan descanso a las fatigas, lecho, y rostros

benévolos. Si más grave cuita traes, al amo incumbe, y he de decírselo.

ORESTES.— Extranjero soy, de Daulis, entre los focenses. Iba cargado con mi equipaje, camino de Argos, donde acabo de poner los pies, cuando un hombre desconocido para mí y que no me conocía se ha cruzado conmigo y me ha enseñado el camino. Era Estrofio el focense. Hablando supe su nombre, y me dijo: «Extranjero, ya que los negocios te llevan a Argos, acuérdate de anunciar a los padres de Orestes que ha

muerto. No lo olvides. Tráeme sus órdenes, ya quieran sus cenizas, ya que se le dé sepultura en la tierra cuyo huésped fue. Ahora, en efecto, las cenizas del muchacho, convenientemente llorado, están guardadas en urna de bronce». Lo que oí te he dicho. No sé si hablo con aquellos a quien concierne, con sus padres; mas conviene que el padre lo sepa.

ELECTRA.— ¡Infeliz de mí! Tal desgracia corona nuestra ruina. ¡Oh, Execración invencible de estas moradas! ¡Cuántas cosas viste que se creyeron protegidas y que, de lejos, heriste con tus dardos! ¡Y a mí, desdichadísima, me privas de los que me amaban! ¡Ahora, Orestes, que se había guardado de poner los pies en este lodazal funesto, que era la única esperanza de salvación y alegría para estas moradas, Orestes me deja en la desesperación!

ORESTES.— Yo hubiera querido traer a huéspedes felices abundantes buenas nuevas en pago de la hospitalidad y la benévola acogida. ¿Qué mejor que ser grato a los huéspedes? Mas he pensado, en mi mente, que no estuviera bien dejar de anunciaros cosa de tal interés, puesto que lo prometí y me hospedan.

CLITEMNESTRA.— Sin embargo, no serás menos bien recibido ni menos tratado como amigo en esta morada. Otro hubiera venido como tú a traer esa noticia. Mas tiempo es que nuestros huéspedes descansen, después de haber caminado todo un día y hecho largo camino. (*A la esclava*). Condúcelo a la estancia de los hombres, reservada a los huéspedes en esta casa, y a su servidor y compañero de viaje. Ofrézcaseles cuanto la casa encierra. Has lo que mando. (*Entran en el palacio, acompañados por la esclava, Orestes y Pílades*). Yo voy a que todo lo sepa el que aquí manda, y como no carecemos de amigos, con ellos meditaremos acerca de lo que pasa. (*Clitemnestra entra en el palacio*).

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Ea!, siervas de esta morada, ¿cuándo haremos súplicas, en alta voz y ardientemente, por la salvación de Orestes? ¡Oh, tierra venerable, y tú, sacro túmulo de la sepultura que cubres el cuerpo real del jefe de tantas naves, concédenos ahora lo que te pedimos, ayúdanos! Ha llegado el tiempo de tender el lazo astuto. Precede Hermes subterráneo a estos, en su oscuro camino, en el combate que sostendrá la espada.

(*Aparece en la puerta del palacio la nodriza de Orestes*).

EL PORTERO.— Ese extranjero parece tramar alguna desgracia. Veo a la nodriza de Orestes bañada en lloro. ¿Por qué, Gilisa, dejas la casa? Siervo es el pesar que te acompaña sin que le pagues.

LA NODRIZA GILISA.— La Reina quiere que Egisto hable con los extranjeros lo antes posible, para que sepa de cierto por sí mismo la nueva que acaba de llegar. Ante los siervos ha ocultado el gozo de su alma bajo una faz entristecida, mientras ocultaba su risa por lo bien que le han ido las cosas; pero el destino de esta casa se ha tornado misérrimo por la cierta noticia que nuestros huéspedes han traído. El corazón de Egisto se llenará de gozo cuando lo sepa. ¡Oh, infeliz! ¡Cómo me han desgarrado el corazón en el pecho las desventuras que han caído en otro tiempo sobre el hogar de Atreo, mas nunca fue tan grande el dolor como hoy! En cuanto pude, soporté con paciencia los demás dolores; ¡pero mi Orestes querido, zozobra de mi alma, al que crie, recibiéndole de su madre, que con gritos agudos hacía que por la noche me levantara, y por quien tantas fatigas y trabajos inútiles pasé! Hay que adivinar al que no tiene

mayor juicio que una bestezuela. ¿Cómo pudiera ser de otro modo? Un niño en pañales no habla, ya le apuren el hambre, o la sed, o la orina, que el vientre de un niño nada espera. Yo lo preveía, y a menudo, lo confieso, me engañé. Luego, lavar los pañales del niño, que también la nodriza ha de ser lavandera. Ese doble deber contraje desde el día en que Orestes me fue dado a criar por su padre. ¡Y ahora, infeliz, me dicen que ha muerto! Mas voy a buscar al hombre que es desventura de esta casa. ¡Sin duda la nueva le causará regocijo!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¿De qué modo le manda llamar Clitemnestra?

LA NODRIZA GILISA.— ¿Cómo? Repite tus palabras para que las entienda mejor.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¿Ha de venir él solo o con sus guardias?

LA NODRIZA GILISA.— Le dice que venga con sus guardias armados.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Guárdate de hablar así al amo que odias, pero dile que venga él solo. Y,

para que sin temor te escuche, háblale en tono de júbilo, que le dé prisa. Todo un acontecimiento oculto depende de tu mandado.

LA NODRIZA GILISA.— ¿Te regocija acaso las noticias que llevo?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Zeus puede mudar el mal en bien.

LA NODRIZA GILISA.— ¿Cómo, si muerto está Orestes, la única esperanza de esta casa?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Todavía no! Y hasta un mal adivino lo adivinaría.

LA NODRIZA GILISA.— ¿Qué dices? ¿Sabes lo contrario de lo que anunciaran los extranjeros?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Ve a llevar tu mensaje y haz lo que se te mandó. Deja a los Dioses el cuidado de realizar sus designios.

LA NODRIZA GILISA.— Iré y te obedeceré. ¡Que todo sea para bien, por gracia de los Dioses!

EL CORO DE LAS COÉFORAS

Estrofa I

¡Ahora, Zeus, padre de los Dioses Olímpicos, concede a mis oraciones que vea a los hijos realizar dichosamente sus justos propósitos! Palabras equitativas pronuncio, ¡oh, Zeus! ¡Ay! ¡Ay! ¡Vela por él! (*La nodriza sale de escena, hacia el campo*). En vez de los enemigos que aquí están, tráele de nuevo a su casa, ¡oh, Zeus! que, una vez crecido, te devolverá duplicado o triplicado lo que por él hicieres.

Antistrofa I

Sabe que el niño huérfano de un hombre amado por ti se ve unido al carro de las desgracias. ¡Modera su carrera, y véale este suelo avanzar con paso seguro hasta estar a salvo!

Estrofa II

¡Y ustedes, los que protegen las riquezas de antiguo juntas en estas moradas, óigannos, Dioses benévolos! Rediman con nueva expiación la sangre de los asesinatos antiguos; ¡mas que un crimen pasado no traiga en adelante otro crimen a esta casa! (*Dirigiéndose a la estatua de Apolo que hay junto a la puerta del palacio*). ¡Oh, tú, que habitas la gran Caverna, haz que la morada del mozo le sea felizmente devuelta, y levanta de sus ojos el velo sombrío que los cubre, para que vea libre y claramente!

Antistrofa II

¡Qué el hijo de Maya le ayude, el más propicio para dar fin a una empresa con viento favorable! Mas tus palabras oscuras están a veces envueltas en niebla nocturna, y durante el día no aparecen más claras.

Estrofa III

Y, entonces, las riquezas reconquistadas de estas moradas te serán ofrecidas, y cantaremos en honor de la Ciudad un canto tumultuoso de mujeres. ¡Que todo acabe bien! En cuanto a mí, mi alegría, mi alegría toda, estriba en que la desgracia se aleje de los que amo.

Pero tú, llénate de firmeza cuando llegue el momento de la acción, y para vengar a tu padre, cuando ella te grite: «¡Hijo mío!», contesta con el nombre paterno y haz lo que te cumple hacer.

Antistrofa III

Ten el ánimo de Perseo en el pecho y ofrece a tus amigos que están bajo tierra y a los que viven el sacrificio de tu alegría. ¡Lleva en el corazón a la sangrienta Ate, y mata al que cometiera el crimen!

(*Entra en escena Egisto, procedente del campo*).

EGISTO.— Heme aquí, no porque me hayan llamado, sino presuroso de responder al mensaje. Sé que unos extranjeros han traído la triste nueva de la muerte de Orestes. Nueva y grande perturbación ha de ser para esta morada, llena aún del espanto que acarreó el crimen último que la dejara ulcerada y sangrando. ¿Cómo sabré de cierto si ello es verdad o si hay solo vanos rumores de mujeres sobrecogidas de terror, como los rumores que vuelan por el aire y se extinguen? ¿Qué sabes tú de esto que me puedas explicar?

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Hemos oído hablar de ello, mas pregunta a los extranjeros, entra en la casa. Para estar cierto de algo, debe interrogar uno mismo.

EGISTO.— Ciertamente, quiero ver e interrogar por mí mismo al mensajero. Quiero saber si ha visto a Orestes muerto, o si no ha traído más que un vano rumor. No engañará a mi perspicacia. (*Entra en el palacio*).

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Zeus, Zeus! ¿Por dónde empezaré mis súplicas y mis preces? ¿Cómo diré los anhelos benévolos que formo? ¡En efecto, he aquí el momento de las espadas, sangrientas matadoras de hombres! O la raza entera de Agamenón perece, o torna

Orestes, encendiendo el fuego y la llama para reconquistar la libertad, así como el poderío sobre sus conciudadanos, a poseer las grandes riquezas de su padre. En lucha tal, solo contra dos, Orestes divino va a combatir. ¡Victorioso sea!

(*Se oyen los gritos que da Egisto dentro del palacio*).

EGISTO.— ¡Ay!, ¡ay de mí, Dioses!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Bien! ¡Bien! ¡Adelante!... ¿Cómo va ello? ¿Cómo ha ocurrido tal acción en la casa? Si se cumplió, retirémonos y aparezcamos inocentes. Ciertamente, la lucha ha terminado.

(*Sale un portero al patio del palacio y golpea, mientras grita, la puerta del gineceo*).

EL PORTERO.— ¡Infeliz de mí! ¡Infeliz de mí! ¡El amo ha muerto! ¡Tres veces infeliz de mí! ¡Egisto ha muerto! ¡Abran, abran pronto las puertas de la cámara de la Reina, quiten los cerrojos de la estancia de las mujeres! Necesitamos un hombre vigoroso, no ya para que venga en ayuda de un muerto, -¿para qué?- ¡Desgracia! ¡Desgracia! (*Insiste en golpear la puerta del gineceo*). Grito

a sordos y hablo a dormidos. ¿Dónde está Clitemnestra? ¿Qué hace? Pienso que ella ha de caer también, junto a Egisto, herida por la venganza.

(*Se abre la puerta del gineceo y sale a escena Clitemnestra*).

CLITEMNESTRA.— ¿Qué ocurre? ¿Por qué das tales gritos en la casa?

EL PORTERO.— Digo que los muertos matan a los vivos.

CLITEMNESTRA.— ¡Desgraciada de mí! Comprendo el enigma. Pereceremos por el engaño, como por el engaño dimos muerte. ¡Tráiganme pronto un hacha exterminadora de hombres, de dos filos! Sepamos si hemos de vencer o ser vencidos. A tal límite hemos llegado.

(*Se abre la puerta exterior del palacio. Se ve el cadáver de Egisto. Con la espada ensangrentada en la mano, sale Orestes, seguido de Pílades. El portero sale huyendo*).

ORESTES.— ¡También te busco a ti! Pagado está el otro.

CLITEMNESTRA.— ¡Infeliz de mí! ¡Muerto estás, Egisto muy amado!

ORESTES.— ¿A tal hombre amas? Con él dormirás, en el mismo túmulo, sin hacerle traición, aunque esté muerto.

CLITEMNESTRA.— ¡Detén la mano, hijo mío! ¡Respeta el seno en que tantas veces dormiste y cuya leche nutricia sorbieron tus labios!

ORESTES.— ¡Pílades! ¿Qué he de hacer? ¿Debo temer matar a mi madre?

PÍLADES.— ¿Y qué harás de los oráculos de Loxias, pronunciados en Pito, y de tus promesas sagradas? Más vale tener por enemigos a los hombres todos antes que a los Dioses.

ORESTES.— La fuerza está de parte de tus palabras, y bueno es tu consejo... (*A Clitemnestra*). ¡Tú, sígueme! Quiero matarte junto a aquel hombre. En vida, por ti

prevaleció contra mi padre; muerta, ve a dormir con el hombre a quien amas, cuando odiabas al que debiste amar.

CLITEMNESTRA.— ¡Te crie y ahora quisiera envejecer!

ORESTES.— ¡Así, pues, tú, exterminadora de mi padre, habías de vivir conmigo!

CLITEMNESTRA.— La Moira, hijo, es la única culpable.

ORESTES.— La Moira es también la que va a degollarte.

CLITEMNESTRA.— ¿No temes las maldiciones de la madre que te concibió, hijo mío?

ORESTES.— ¡Me concebiste y me arrojaste a la miseria!

CLITEMNESTRA.— ¿Te arrojé al enviarte a la hospitalidad de una morada?

ORESTES.— ¡Indignamente fui vendido, yo, hijo de padre noble!

CLITEMNESTRA.— ¿Y dónde está el precio que recibí?

ORESTES.— Vergüenza me daría nombrártelo.

CLITEMNESTRA.— No te avergüences; mas di también las culpas de tu padre.

ORESTES.— No acuses al que penaba lejos, mientras tú permanecías sentada en la casa.

CLITEMNESTRA.— ¡Infelicidad grande es para una mujer estar lejos del marido, hijo mío!

ORESTES.— El trabajo del marido alimenta a la mujer sentada en la casa.

CLITEMNESTRA.— Así, pues, hijo mío, ¿te place matar a tu madre?

ORESTES.— ¡No soy yo quien te mata, eres tú misma!

CLITEMNESTRA.— ¡Mira! Teme a las iras furiosas vengadoras de tu madre.

ORESTES.— ¿Y cómo evitaré la de un padre, si no le vengo?

CLITEMNESTRA.— Así, pues, viva, ¿me lamento en vano al borde de la tumba?

ORESTES.— El asesinato de mi padre te impuso este destino.

CLITEMNESTRA.— ¡Infeliz de mí! Concebí y crie una serpiente. ¡Verdad decía el sueño que me dio espanto!

(*Orestes arrastra a Clitemnestra hacia el interior, seguido de Pílades*).

ORESTES.— ¡Mataste a quien no debías! ¡Sufre ahora lo que no debiera suceder!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Lloremos aún este doble asesinato. Orestes, que tanto sufriera, acaba de poner colmo a tantos crímenes. Empero, demos gracias

con nuestras preces porque no se haya extinguido el ojo de estas moradas.

Estrofa I

¡La Justicia, después de largo tiempo, ha vuelto por los Priamidas, el castigo vengador ha llegado! El doble León, el doble Ares, ha venido también a la mansión de Agamenón. Plenamente ha satisfecho su venganza el desterrado, movido por los oráculos pitios. Ha sido felizmente vencedor, por mandato de los Dioses; las desdichas de esta casa real han dado fin; dueño es de sus bienes, y ambos culpables han sufrido su triste destino.

Antistrofa I

Llegó precisamente la que se ocupa del combate urdido en secreto, la solapada Venganza. Tocó en la batalla la mano de Orestes la verdadera hija de Zeus -con acierto la llaman Justicia los mortales- exhalando ira destructora contra sus enemigos.

Estrofa II

Al cabo llegó, después de largo tiempo, para empujar a su perdición a la pérfida mujer. Que a una ley está sometido el poder de los Dioses, no pueden dar ayuda a la iniquidad. Hay que reverenciar el poder uranio. ¡He aquí que nos ha sido dado volver a ver la luz!

Antistrofa II

Libre estoy del freno pesado que oprimía a esta casa. ¡Levántense, moradas! Harto tiempo permanecieron yacentes junto al suelo. El tiempo, que todo lo cambia, pronto renovará sus umbrales, cuando las purificaciones hayan lavado todas las manchas del hogar. Gozarán entonces de dichosa fortuna los habitantes de estas moradas, que han visto y oído tantas cosas luctuosas. ¡He aquí que nos ha sido dado volver a ver la luz!

(*Se abre la puerta exterior, tras cuyo umbral se ven los cadáveres de Egisto y Clitemnestra. Sale a escena Orestes,*

seguido de Pílades, que sostiene en sus brazos la vestidura que sirvió para inmovilizar a Agamenón, al asesinarlo).

ORESTES.— ¡Contemplen a los dos tiranos de esta tierra, asesinos de mi padre, devastadores de esta casa! Eran, no ha mucho, venerables, y se sentaban en trono real. Y ahora aún se aman, como puede juzgarse por lo que padecieron, y su recíproca fe sigue siendo la misma. ¡Juraron dar muerte a mi padre infeliz y perecer juntos, y piadosamente han cumplido su juramento! (*Señala hacia las ropas que porta Pílades, que, con el Coro, va actuando según las palabras de Orestes*). Vean, asimismo, los que no desconocen este crimen, vean el instrumento del asesinato, lazo y red en que fueron aprisionados los pies y las manos de mi padre infeliz. Extendieron este velo, y en pie, alrededor de él, vean la red que prende a los hombres. ¡Véala el Padre, no el mío, sino el que todo lo ve, Helios! Vea las acciones impías de mi madre, y si me acusan, me sea testigo de que legítimamente cometí este asesinato. No hablaré de la de Egisto, pues no recibió, como la ley ordena, sino el castigo del adúltero. Mas la que meditara aquel atentado odioso contra el hombre cuyos hijos llevara en su seno, pero tan dulce entonces y ahora funesto. ¿Qué te parece? Era una murena o víbora que

emponzoñó cuanto tocaba, aun sin mordedura; tal era de procaz y malvado su instinto. Y a esto, ¿qué nombre le daré? ¿Red de apresar fieros animales, o velo del baño de un muerto? Cualquier nombre será verdadero, llámelo red o velo para trabar los pies. El hombre que se pone a acechar viajeros y vive de lo que roba, se sirviera con gusto de él. Con ayuda de este instrumento de engaño, cometería, innumerables asesinatos y meditaría otros tantos en su mente.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Ay! ¡Ay! ¡Crímenes lamentables!... ¡Tú, muerta fuiste de horrenda muerte! ¡Ay! ¡Ay! Pero el sufrimiento florece en el que sobrevive.

ORESTES.— ¿Lo hizo ella o no lo hizo? Este velo que ensangrentara la espada de Egisto me da seguro testimonio. Las manchas de sangre han resistido al tiempo, y alteran aún los colores variados de este velo. Al verle, me aplaudo y lloro, a la vez, por mí mismo, y tomo por testigo a este tejido que perdiera a mi padre. Lloro el asesinato y la venganza, y a mi raza entera, y gimo por esta desdichada victoria que habrá de expiarse.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Nadie entre los hombres pasa días tranquilos durante todo el tiempo de su vida. ¡Cada cual sufre a su vez, ya el uno, ya el otro!

ORESTES.— Sea como quiera, yo sé cómo ha de acabar esto. ¡Como caballos sin freno, arrebatados fuera de la carrera, así mis sentidos turbados me dominan y arrastran, y mi corazón está a punto de aullar de terror y la rabia se precipita en él! Mientras soy aún dueño de mí, grito a mis amigos que maté con justicia a mi madre, porque estuvo manchada por el asesinato de mi padre y los Dioses la aborrecían. ¡El que tal valor me ha dado es Loxias, el Adivino pitio! Él es quien por sus oráculos me reveló que si cometía este asesinato no se me tendría por culpable. De haberle desobedecido, no diré el castigo que se me prometió; ¡nadie pudiera imaginar cuán horrible fuera! Y ahora, ¡vean!, con esta rama envuelta en lana, iré al santuario de Loxias, al ombligo terrestre, en que arde la llama sagrada que dicen eterna, para expiar allí la sangre vertida de mi madre. Loxias no me ha permitido que buscase otro hogar hospitalario. Cuando haya venido el tiempo, conjuro a todos los argivos para atestiguar por mí de los terribles desastres que pesaran sobre los míos.

Yo, arrojado de esta tierra y vagabundo vivo o muerto, dejaré memoria de esta triste hazaña.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Ya que obraste en justicia, no te dejes cerrar la boca por los gritos funestos de la fama, ¡y no hables en contra tuya después de haber libertado a toda la raza argiva y cortado bravamente las cabezas de esas dos serpientes!

(*Orestes va a salir de escena, pero retrocede horrorizado*).

ORESTES.— ¡Ah! ¡Ah! Mujeres esclavas, ¿las ves, semejantes a Gorgonas, con vestiduras negras y cabellos entretejidos de serpientes innumerables? ¡No seguiré más aquí!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Oh, el más amado, para tu padre, de entre todos los seres humanos! ¿Qué imágenes te espantan de tal suerte? ¡Detente! No te espantes, triunfa animosamente de tu terror.

ORESTES.— Los espectros terribles que me miran no son sombras vanas. ¡Son las perras furiosas que pretenden vengar a mi madre!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Tienes aún su sangre tibia en tus manos. Eso es lo que te turba la mente.

ORESTES.— ¡Rey Apolo! ¡Su número aumenta! ¡Sangre espantosa les mana de los ojos!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— Purifícate en la morada. Si te prosternas ante Loxias, libre te verás de tus males.

ORESTES.— ¡No las ven, pero yo si las veo! ¡Me arrojan! No puedo seguir más aquí. (*Orestes sale huyendo*).

EL CORO DE LAS COÉFORAS.— ¡Pues sé dichoso! ¡Que el Dios eche sobre ti mirada amiga y de infortunio te preserve! Por tres veces la tempestad se ha precipitado contra estas moradas reales, excitada por hombres de la misma raza. Primeramente, unos niños degollados, lamentables dolores de Tiestes; luego vino el asesinato del varón real, y el jefe guerrero de los aqueos fue degollado en un baño. Y ahora, en esta tercera vez, ¿nos ha llegado nuestra salvación o nuestra ruina? ¿Cuándo se dormirá por fin la violencia de Ate?

(*Pílades y el Coro de las Coéforas abandonan la escena*).

“He aquí que el terror que eriza los cabellos y se revela en los sueños, insuflando en el sueño la cólera bruscamente durante la noche, terrible, ha suscitado gritos en el fondo de las moradas...

Colección
Lima Lee

